

HISTORIA DE LA IGLESIA: MOMENTOS CLAVE

Capítulo 18

San Benedicto (Benito) y el comienzo del Monaquismo

En una idea reciente a una librería cristiana del vecindario, me asombró ver hileras tras hileras de libros de “auto-ayuda”. Estos son libros que uno lee y aplica buscando ayuda en el caminar cristiano. Están enfocados en ayudar con problemas de abusos, adicciones, crianza de los hijos, codependencia, caminar el sendero cristiano, y muchas otras cosas.

La auto-ayuda no se limita a los libros de una librería cristiana. Considere muchos de los sermones que uno escucha desde el púlpito, así como la televisión y la radio. ¿Acaso no todos hemos escuchado sermones y lecciones acerca del matrimonio y de tener las actitudes correctas y formas de vivir?

También tenemos otras ayudas externas para los problemas emocionales y espirituales. Ya sean consejeros externos, medicamento para la depresión u otros asuntos personales, tenemos muchas vías diseñadas para permitirnos disfrutar de una vida más productiva para Dios.

Ahora, uno se puede preguntar, ¿Por qué? ¿Por qué tener todas estas ayudas en el nombre del cristianismo cuando tenemos la Biblia? ¿Por qué tener todas estas auto-ayudas externas cuando un cristiano tiene morando a Dios, el mismo creador del universo?

La respuesta Cristiana es que Dios está detrás de estas ayudas y Dios trabaja a través de estos enfoques para ayudar y sanar nuestras naturalezas caídas. La razón por la que se venden libros en una librería “cristiana”, aparentemente es porque son libros cristianos. Están escritos para ayudarnos a comprender cómo Dios y la fe se aplican a nuestras situaciones para enfrentar problemas reales de hoy día. Los consejeros cumplen el mismo propósito. Los sermones son la exposición de los principios Bíblicos expresados de tal forma que sean digeribles y motivadores para nosotros, y así enseñarnos lo mismo.

¿Quiere esto decir que la Biblia es deficiente en lo que ofrece para el cristianismo de hoy? Por supuesto que no. La Biblia nos da una interacción histórica con Dios y su pueblo de manera que provee lo que necesitamos para “enseñar, exhortar, corregir e instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios esté enteramente equipado para *toda* buena obra” (2 Tim. 3:16-17). Aún con la historia que tenemos en la Biblia, está claro que los profetas y otros enseñaron los caminos de Dios al exponer y aplicar las escrituras. Ese es el trabajo de un maestro.

Así que, tenemos estas ayudas para el caminar cristiano. Estoy casi seguro de que todos (si no la mayoría) en esta clase en alguna ocasión han leído o escuchado sermones dirigidos a auxiliar el caminar cristiano. A la luz de esto, considere esta pregunta: ¿Qué ha leído o escuchado usted que no solamente le ha ayudado en su caminar, sino que también cree que puede ser utilizado por muchos en su caminar a lo largo de 1500 años?

Aunque yo mismo he leído varios de estos libros, no estoy seguro de que muchos recursos fuera de la Biblia serían usados en la iglesia dentro de 1500 años, si es que Jesús tardara tanto. Pero hoy estudiaremos justamente ese recurso: La Regla de San Benedicto.

Estudiaremos primero el contexto histórico de la Regla, con un breve repaso del estudio anterior. Luego tomaremos un momento para entender la historia personal de Benedicto, finalmente veremos la Regla y destacaremos algunos de los efectos que ha tenido.

CONTEXTO HISTÓRICO

Mateo 13:1-23 relata a Jesús contando la “Parábola del Sembrador” y explicándola luego a sus discípulos. En la parábola, un sembrador siembra semilla en el campo, en cuatro lugares diferentes. Unas semillas caen sobre un camino donde los pájaros se las comen inmediatamente; otras semillas caen en un lugar rocoso donde no es posible que crezcan raíces fuertes por falta de tierra. Esta semilla brota rápidamente pero también muere pronto. Otras semillas caen en un área llena de espinos, los cuales ahogan las plantas que brotan. Finalmente, algunas semillas caen en buen suelo y resultan una cosecha prolífica.

Jesús explicó que esta parábola concierne al reino de Dios. Algunos escuchan el evangelio pero no lo aceptan. Estos son los que están sobre el camino donde las aves devoran la comida. Otros tienen falta de raíz. Estos escuchan la palabra, la aceptan, pero se alejan cuando vienen los problemas y la persecución. Aquellos que oyen la palabra, pero están en un suelo con espinas, tienen la verdad sofocada por la mundanidad y como resultado no llevan fruto. Aquellos que escuchan y comprenden la palabra como el buen suelo que recibe la semilla, se convierten en gente fructífera en el reino. Esa parábola, desde luego, aplicó a la gente viviendo en el tiempo en que Jesús la enseñó. Podemos ver que también la parábola nos es aplicable hoy día. Igualmente, al estudiar historia de la iglesia, la parábola claramente aplica también.

Desafortunadamente, dado que el cristianismo se volvió legal y más tarde la religión oficial del Imperio Romano, muchos de los “fieles” parecían ser, en términos de la parábola, como alguno de los tres suelos en condiciones más pobres. ¿Cómo explicamos esto en términos de la parábola? Ciertamente, hay gente que reconoce la fe, pero nunca acepta realmente la Palabra (Jesús). Se tornó algo fácil el llamarse cristiano con todos los nuevos beneficios sociales sin siquiera entrar en una relación con Dios a través de Cristo. Desde luego, muchos otros aceptan a Cristo, pero eligen vivir fuera de su verdad, o vivir vidas infructuosas ya que se aferran a una verdad diluida por el mundo.

En algunos modos, estos problemas se incrementaron más en los tiempos romanos porque una gran parte del mundo, que previamente había sido pagana, se convertía a la fe con un trasfondo pagano. Los conceptos de bien y de mal eran vastamente diferentes. ¡La idolatría y el politeísmo no fueron reemplazados fácilmente de la noche a la mañana! El mundo romano valoraba como virtudes y derechos mucho de lo que el cristianismo reconocía como pecado. Luego de la conversión, hubo mucha necesidad de tutoría y de disciplina.

Esta semana, nuestro objetivo es el de establecer el trasfondo a fin de entender a San Benedicto y sus contribuciones a la iglesia. Para ser justos con Benedicto, tenemos que primero colocarlo en su contexto histórico. En ese respecto, consideraremos los efectos de la “secularización de la iglesia”, lo que significa que la iglesia se convertía cada vez más en una parte del Imperio y en una institución mundana a diferencia de algo estrictamente apartado de la cultura y el gobierno.

Luego, entonces, traeremos a Benedicto a su contexto histórico dentro del movimiento monástico. Regresaremos al tiempo de San Antonio (que vimos hace algunas lecciones) y trazar los desarrollos posteriores del monacato hasta llegar a Benedicto.

Esta semana, nuestro objetivo será el de comprender específicamente tanto la vida de Benedicto como su legado.

SECULARIZACIÓN DE LA IGLESIA

La secularización de la iglesia tuvo muchos efectos, tanto buenos como malos. Si nos enfocamos en la secularización que surgió después de que Constantino dio autoridad legal a la iglesia, entonces veremos grandes pasos de la sociedad cuando Constantino y otros buscan armonizar en un mismo camino el Imperio y la iglesia. Quizá, esto no es más evidente que las leyes aprobadas.

Como primer emperador cristiano, Constantino aprobó leyes significativas demostrando una influencia cristiana en el estado. Por ejemplo, en el 321 Constantino aprobó las leyes que fijaban el domingo como día de descanso. Bajo el reinado de Constantino, muchas actividades se hicieron ilícitas el domingo, por respeto a la resurrección de Jesús y al reconocimiento de que la gente debería pasar el domingo en adoración en lugar que en el trabajo. Había excepciones a la regla, incluyendo el cultivo y la agricultura, en donde el domingo se consideraba un día crítico de trabajo que no podían dejarse pasar. Pero el domingo se convirtió fácilmente en un día en el que la gente pasaba en adoración y en consideración a la resurrección de Jesús.

Había un conjunto de leyes generales muy importantes que no estaban claramente relacionadas a la fe y que vinieron como resultado de la influencia cristiana en el gobierno y en la gente. Estas leyes se centraron al comportamiento de la gente justo y equitativo. Antes de la influencia y la enseñanza de la ética cristiana, la igualdad existía para los ciudadanos romanos, pero nada más. Ciertas razas de gente innoble se consideraban verdaderamente inferiores, tanto física como intelectualmente. No había un concepto o idea de que las personas eran iguales, sin importar el lugar de nacimiento o estación de la vida. Antes de la ética cristiana, no era impropio poner a gladiadores a pelear hasta morir puesto que esas peleas eran consideradas tan valiosas como una lucha entre animales. Igualmente, las cortes no estaban disponibles para toda la gente, sino sólo para aquellos con un estatus de vida adecuado para justificar tal trato. Fue la fe cristiana que trajo al mundo romano la idea de que un Dios creó a toda la gente y los hizo a su

imagen. Como tales, todas las personas son inherentemente valiosas y con derecho a la justicia.

Una extensión de esto fue el modo en que se trató a las mujeres. En el mundo romano no cristiano, así como en el mundo pagano, muchos consideraban a la mujer como una propiedad. Siempre había excepciones a esta noción. Hubo unas cuantas mujeres que sobresalieron y algunas incluso se declararon así mismas (normalmente a través de un hombre) como gobernantes. Como género, las mujeres no eran respetadas ni se les otorgaba muchos derechos. De nuevo, fue Constantino quien le dio a la mujer el derecho de poseer propiedad. También abolió la ley que permitía a las mujeres ser llevadas a juicio en un tribunal público para tratar la modestia de sus vestidos. Constantino introdujo la pena capital para algunos casos de violación (de viudas y de vírgenes consagradas a Dios). También amplió significativamente las leyes relativas al adulterio¹ y eliminó la legalidad de tener varias esposas (concubinato). El ulterior emperador Teodosio fue el primero en otorgarle a la mujer una custodia limitada sobre los hijos. También intentó detener el negocio de la prostitución y la trata de blancas (aunque no tuvo éxito).

En el aspecto familiar, Constantino cambió las leyes de los padres sobre los hijos. Por ejemplo, eliminó el derecho de un padre a matar a su hijo. A los padres aún les estaba permitido abandonar a sus hijos y venderlos como esclavos, sin embargo, tomó muchos siglos más para que estas atrocidades fueran detenidas.

En este orden de ideas, todo el tema de la esclavitud es digno de mencionar. Una vez que la ética cristiana comenzó a arraigarse, muchos se comenzaron a cuestionar la propiedad de la esclavitud. Cabe mencionar que varios maestros influyentes de la iglesia no solamente liberaron a sus esclavos sino que les enseñaron a otros a hacerlo. Desafortunadamente, mucha gente poderosa en la iglesia veía las cosas de otro modo y en realidad eran dueños de muchos esclavos. Para estas personas, la virtud cristiana se encontraba en cómo tratar a los esclavos, y no en la ausencia de esclavitud.

Otro aspecto en el que el cristianismo cambió la cultura y las leyes fue el de los combates entre gladiadores. Desde luego, en donde razas enteras y grupos de gente son considerados tan extraños, tan inferiores en intelecto y en alma que realmente no son considerados diferente a los animales, uno puede ver cómo esa gente podría ser rebajada al nivel de los animales en espectáculos de luchas en arenas. Fue en el siglo segundo cuando los padres de la iglesia comenzaron a predicar en contra de esta atrocidad. Incluso Constantino hizo exhibiciones de muertes humanas en espectáculos públicos, aunque esto fue muy al inicio de su reinado. Sin embargo, en el 325 (el mismo año en el que convocó el Concilio de Nicea para tratar el asunto de la divinidad de Cristo), publicó una ley poniendo restricciones a los combates entre gladiadores. Finalmente, en el 44, Honorio abolió de buena vez el combate sangriento de humanos contra humanos. Hizo esto luego

¹ Antes de Constantino, el adulterio era considerado ilícito únicamente cuando había relaciones sexuales con una mujer que estaba casada con un ciudadano libre. Su castigo no derivaba tanto de la idea de una relación extramarital, sino con la interferencia con la propiedad de un ciudadano romano. Con Constantino, la definición se amplió considerablemente.

de que un monje llamado Telémaco se lanzó de las gradas a la arena en protesta al espectáculo sangriento. Para el horror de todos, el monje fue despedazado extremidad tras extremidad. El fin definitivo de los espectáculos de hombres contra bestias nunca sucedió en el imperio de occidente. De hecho, aún hoy día lo hacen en la forma de peleas de toros en la parte Española de la civilización de occidente.

Además de las formas en que la secularización del cristianismo penetraron el sistema legal y trajeron cambios buenos, hubieron otras ventajas que la secularización trajo a la propia iglesia. La iglesia comenzó a ser tratada como una entidad corporativa. Como tal, la iglesia podría poseer propiedad y existir, en cierto sentido, como una persona propia. Este es un derecho que ha continuado a través de la civilización occidental hasta hoy.

Con Constantino, el clero fue liberado de una serie de obligaciones que eran normales para la gente en el imperio. Por ejemplo, el clérigo no estaba obligado a pagar muchos de los impuestos. Tampoco se les requería el servicio militar o duros trabajos manuales. Ciertos de estos derechos fueron eliminados (especialmente la exención de impuestos) cuando se hizo aparente que muchos se incorporaban al clero, por un cierto “llamado”, ¡pero más bien era por evadir impuestos!

Constantino donó varias propiedades a la iglesia. También construyó muchos edificios para la iglesia. Durante este tiempo, la iglesia se convirtió en titular de propiedades considerables.

Varias de estos efectos aparentemente ventajosos para la iglesia, en realidad tuvieron resultados negativos. Como ya se mencionó, las exenciones sobre los impuestos produjeron muchos miembros del “clero” que no estaban interesados en los asuntos de Dios sino en intereses personales. Más sutilmente, sin embargo, incluso las leyes que enriquecieron a la iglesia mediante títulos de propiedad tuvieron implicaciones negativas. Por ejemplo, muchos no vieron la necesidad de diezmar porque la iglesia tenía mucha riqueza procedente del estado mismo o de grandes benefactores como Constantino.

En la medida en que el clero comenzó a recibir beneficios (en ocasiones también financiación directa) de parte del estado, vemos a algunas personas que, como Agustín diría, veían a Jesús con fines de lucro en lugar de verlo por Jesús mismo. En mayor escala, también vemos varias iglesias famosas por su opulencia, en lugar de por su austeridad y servicio a la humanidad. Varias de las personas que hemos estudiado hasta ahora intentaron detener esto, incluso vendiendo extravagantes e innecesarias propiedades de la iglesia para alimentar y atender a los pobres y enfermos.

A medida en que la iglesia tomó este nuevo papel en la sociedad, quizá el efecto más angustiante, aunque lógico, fue el aumento de los “profesores” en contraposición a aquellos verdaderamente fieles. ¡Con “profesores”, no nos referimos a los maestros de universidad! Estamos hablando de aquellos que profesan una fe que no poseen genuinamente. Por ejemplo, en el ejército, comenzando con Constantino, los soldados debían proclamar la siguiente plegaria de memoria ante cierta señal:

Sólo a ti te tenemos por Dios. Eres el Rey que reconocemos. Eres la ayuda que buscamos. Por ti hemos ganado nuestras victorias, a través tuya hemos vencido a nuestros enemigos. A ti damos gracias por las cosas buenas que han pasado, y esperamos en ti como proveedor de aquellas que vendrán. A ti venimos todos a suplicarte por nuestro emperador Constantino y por el Hijo amado de Dios: que pueda estar seguro y sea victorioso en larga, larga vida, así oramos.²

A medida de que más y más gente llegó a la iglesia a raíz de una incitación social, se hace clara en la historia una disminución en la devoción y en la acción de la iglesia.

Lo que sería considerado por la biblia como pecado desenfrenado era el pan de cada día de muchos que se llamaban “cristianos”. Podemos ver claramente la advertencia de Jesús acerca de que muchos vendrán a él y le llamarán “Señor”, pero en realidad nunca le conocieron (Lc. 6:46).

EL COMIENZO DEL MONACATO

En contra de este contexto de afirmación verbal de la fe, con vidas de pecado y rechazo a lo que es santo, llega el comienzo del monacato. Aunque los primeros eruditos veían el monacato como simple respuesta a esta laxitud, los eruditos más recientes han entendido que por un lado estaba la laxitud, pero por otro la iglesia también mostró una devoción vibrante. Esta devoción también condujo al monacato en tanto la gente buscó una vida que reflejara la devoción contemplativa al Señor y a la iglesia.

Ya hemos expuesto la vida de San Antonio en otra lección. Como el padre del monacato, Antonio se retiró al desierto e intentó vivir una vida de puridad, batallando contra los demonios de su vida normalmente apartada del mundo. Aunque Antonio se enfrentaba al mundo y enseñaba, pasó gran parte de su vida en aislamiento más que interactuando.

A este estilo de vida que Antonio llevó le llamamos de un “ermitaño”. Nuestra palabra “ermitaño” viene del griego *eremites* (ἐρημίτης), que significa, “desierto”. Otro término normalmente utilizado para referirse a esto es “anacoretismo”. Esto viene del griego *anachoreo* (ἀναχώρηο), que significa, “retirarse” (de la sociedad humana).

Antonio es considerado el fundador o padre del “monaquismo eremítico”. Esto significa que él es el fundador de ese aspecto del monacato donde gran parte del tiempo de uno se pasa en aislamiento. En la iglesia primitiva, esta rama del monaquismo se situó geográficamente en lugares donde era más fácil vivir solo, especialmente en las regiones desérticas del norte de Egipto y de Oriente Medio. Muchos de estos monjes vivían apartados de otros y se juntaban los sábados y domingos para adorar. Otros se juntaban diariamente para recitar las escrituras y cantar himnos juntos. Periódicamente también participaban en conferencias generales en donde compartían y tenían compañerismo en

² Eusebio, *Life of Constantine*, Libro 4, 20. Cameron & Hall translation (Clarendon Press 1999).

un culto, así también como hablaban sobre ciertos problemas que eran importantes para la iglesia.

Cada vez más y más de aquellos que buscaban encontrar mayor pureza para sí mismos a través del aislamiento en lugar de la frustrante secularización mundana de la iglesia, comenzaron a agruparse. Esta gente compartía una “vida común”. En griego tenemos las palabras *koinos* (κοινός), que significa “común” y *bios* (βίος), que significa “vida”. Juntas, estas palabras se convierten en “cenobitismo” que significa una vida conventual.³

Estos claustros eran una concurrencia de hombres (monjes⁴) bajo una estructura común, en un lugar común, buscando vivir vidas en puridad que ponían a un lado las extravagancias del mundo, buscando la simplicidad y el enfoque divino. Así como había claustros para hombres, también los había para mujeres (monjas⁵). Estos hombres y mujeres buscaron experimentar la carga de Juan:

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. (I Jn 2:15-17).

Con el tiempo, estos monasterios/claustros se unieron bajo ciertas reglas y un liderazgo común. Uno de los principales fundadores de esta rama del monaquismo fue San Pacomio. Alrededor del año 318 fundó su primer monasterio en Egipto. Para cuando murió (345 aprox.) varios cientos de monjes vivían en ocho monasterios bajo su cuidado. Los monasterios tenían una organización similar a la de una unidad militar. Se hacían las comidas en común y los miembros vivían en barracas similares a las militares. Pacomio hizo que sus monjes trabajaran en labores manuales, no sólo para mantenerse ellos mismos, sino para dar dinero a los pobres.

No todos los monasterios estaban tan organizados. Muchos (y por tanto muchos de los monjes/monjas) eran menos capaces de encontrar un trabajo y un horario significativo. En ocasiones probaría el dicho, las manos ociosas son el taller del diablo. En esta área, Benedicto traería una gran reforma y dirección. Pero antes de llegar al propio Benedicto, mencionaremos algunas personas adicionales y movimientos de la tradición monástica que llegaron entre Antonio y Benedicto.

³ Técnicamente, “claustro” viene del latín *claustrum*, que es la misma palabra griega de *monasterion* (μοναστήριον) o *monasterio*.

⁴ “Monje” viene del latín *monachus*, que a su vez viene del griego *monachos* (μονάχος) que significa “vivir solo”.

⁵ Monja viene del latín *nonna*, que significa “casta.”

Los movimientos monásticos surgieron de la idea de que podía surgir una gran santidad de la vida contemplativa. El tiempo empleado en la devoción contemplativa de Dios, Jesús, y la vida espiritual, era visto como algo bueno para el individuo, y ultimadamente para la iglesia. Estas personas contemplativas a menudo estaban en una posición para orar y para enseñar a otros acerca de la santidad y lo divino.

En su forma purista, los votos monásticos de simplicidad y pobreza eran vistos como medios para un fin. El propósito final era crecer en el amor hacia Dios. La idea ascética era la de quitar todos los posibles obstáculos para amar a Dios. En cierto sentido, esta gente buscaba el hacer a un lado sus propias vidas de realización personal a cambio de un amor y devoción a Dios.

El fundamento bíblico del enfoque monástico de la vida se estableció usando ejemplos de Elías, Eliseo, Juan el Bautista, y Jesús. Todos ellos pasaban tiempo a solas en el desierto. Típicamente, los monjes harían votos de pobreza, castidad, y obediencia al abad o abadesa⁶ (los cuales tenían un papel como de superintendentes a cargo del claustro). Los pasajes del Nuevo Testamento que hablan de la renuncia a la propiedad (Mr. 10:17-31; Lc. 18:18-30), de los peligros de las riquezas (Mt 13:32; Lc 6:20), de la renuncia a la familia (Mt. 10:37-39; Lc 14:26-28), y de los que se deciden por una vida en soltería en lugar de casarse (1 Cor. 7:8, 25-35), también eran vistos como una base para la vida monástica.

Al estudiar la vida de los monjes y de los movimientos asociados con ellos, vemos a muchos vivir en abnegación motivados por un espíritu de humildad y de amor. Había otros que vivían vidas de increíble abnegación, ¡pero no siempre por los mismos motivos! Haremos bien en notar aquí el comentario de Philip Schaf, “Sin amor a Dios y caridad al hombre, el auto castigo más severo y el mayor abandono del mundo no tienen ningún valor ante Dios”.⁷ Agustín mismo dijo que de entre los monjes y monjas había encontrado lo mejor y lo peor de la humanidad.

Al ver las diferentes manifestaciones de la vida monástica/ermita antes de Benedicto, ¡vemos muchos ejemplos de vidas que inspiran, desaniman, sorprenden y horrorizan! Considere sólo algunas de las más extremas manifestaciones de esta vida de abnegación y contemplación.

Pablo el Simple fue uno que oraba 300 veces al día, llevando la cuenta con guijarros que tenía para tal propósito. Isodoro de Pelusio vestía sólo ropas de piel de animales y se rehusaba a comer cualquier tipo de carne. Macario de Egipto (también llamado “Macario el Mayor”) hacía largos ayunos, comiendo una sola vez por semana. También dormía puesto de pie o apoyado en un bastón.

⁶ “Abad” viene del sirio *abbas*, que significa “padre” “abadesa” igualmente del sirio *ammās* que significa “madre.”

⁷ Schaff, *History of the Christian Church*, volume 3 at 163 (Eerdmans 1994 printing).

Uno de los más austeros e inusuales fue Simeón el Estilita. Simeón pasó 36 años en un pilar de unos 10 a 12 metros de altura. Comía sólo una vez por semana. Aunque acosado por la enfermedad, los gusanos, e innumerables problemas, Simeón se negó a sí mismo cualquier placer de la vida y se mantuvo encima de su pilar, predicando a aquellos que venían a verlo, y viviendo una vida de abnegación.

Algunas de las hazañas menos impresionantes incluyen la de Macario el Joven, quien supuestamente permaneció seis meses desnudo en el desierto siendo picado incesantemente por los mosquitos africanos. Supuestamente, esto fue un castigo auto infligido por haber matado antes a un mosquito de forma arbitraria. Muchos en Mesopotamia vivieron al igual que animales, comiendo del pasto para sobrevivir.

Muchos de los que escogieron un estilo de vida monástica o ermitaña, vivieron vidas activas que les llevaron a ciertas victorias sobre batallas espirituales, redundando en el beneficio de muchos otros. Al mismo tiempo, ¡hubo muchos que se dieron cuenta que la vida en retiro parecía producir más pecado, no menos!

A este mundo, llega Benedicto. El monje del siglo XXI, John Michael Talbot, escribe:

El mayor regalo único de San Benedicto es su habilidad para moderar los extremos al convertir lo que se podría considerar un monaquismo fanático del pasado a un programa de mayor calidad de vida de los radicales, pero no de vida cristiana fanática para la persona promedio de su propio tiempo y cultura... Este es su don singular en la historia del monacato tanto en oriente como en occidente.⁸

Benedicto introdujo reglas en la forma de vida que ayudaron a aquellos dentro de un escenario monástico a un caminar más claro con Dios. Las mismas reglas se usaron por aquellos externos a la vida monástica para ayudarles en su caminar también.

LA HISTORIA PERSONAL DE BENEDICTO

Benedicto nació alrededor del 480 en Nursia (lo que hoy es Norcia, en Italia, al norte de Roma) junto con su hermana gemela Escolástica. Nuestra información más fidedigna viene de los escritos del Papa San Gregorio el Grande, de unos 45 a 50 años después de la muerte de Benedicto.⁹

⁸ A la correspondencia personal de Mark Lanier, Junio 25, 2015.

⁹ Ver los *Diálogos* de Gregorio, Libro 2 “La vida de Benedicto”. Los escritos no eran bibliográficos en el mismo sentido que una biografía de hoy. Más bien, fue escrito para resaltar la importancia de que Dios aún trabaja en momentos problemáticos de la historia, a través de gente virtuosa.

En los escritos de Gregorio no se nos da tanta información acerca de las experiencias formativas de la vida de Benedicto que le llevaron a su vida monástica. Lo que sí sacamos del *Diálogo* de Gregorio, es que Benedicto era un hombre de Dios que se preocupaba profundamente por la santidad.

En su prólogo sobre la Vida de Benedicto, Gregorio expresa que Benedicto llevó una “vida venerable, bendecida por gracia, y bendecida en nombre”. Esta bendición en nombre es una referencia a “Benedicto”. *Benedictus* en latín significa “bendecido”. Gregorio nos dice que Benedicto, incluso de edad temprana, tenía la mente de un hombre viejo. Con este comentario, no quiso decir que Benedicto era débil u olvidadizo (¡como tampoco debemos asumir eso de los “viejos” de hoy!). Gregorio intentaba decir que en una edad en la que los jóvenes típicamente se comportan como cabras salvajes, Benedicto se comportaba de forma más madura. Benedicto nunca estimó los bienes de este mundo. Sus vanidades eran “como nada” para Benedicto desde una edad temprana. Esto es particularmente interesante a la luz de la familia en que nació. Sus padres eran ricos nobles.

La riqueza y prestigio de su familia le permitieron enviar a Benedicto y su nodriza a Roma para hacer sus estudios. No sabemos cuánto tiempo estuvo en Roma, nunca concluyó sus estudios. Mientras estudiaba Humanidades, Benedicto decidió dejarlo y se marchó. Le preocupaba la cantidad de estudiantes que eran llevados al pecado a causa de sus estudios. En lugar de incursionar o meterse en ese pecado, Benedicto dejó Roma y se fue, con su nodriza, al pueblo de Enfide (lo que hoy es Affile, en Italia).

En Enfide, Benedicto y su nodriza se hospedaron junto con otros en la iglesia de San Pedro. La nodriza tomó prestado un cedazo para cernir el trigo. Cuando lo puso en la mesa, el cedazo se rompió, para el horror de la nodriza. Benedicto vio la angustia de su nana por haberlo roto, entonces tomó el cedazo, y oró por esto. Tal como Gregorio relata la historia, Dios unió el cedazo en una sola pieza y no se podía identificar la ruptura.

La fama por este milagro de Benedicto se esparció rápidamente por la comunidad. En lugar de jactarse por los elogios de la gente, Benedicto se marchó de la iglesia (dejando incluso a su niñera) y se adentró en la soledad durante 3 años, viviendo en una cueva.

Mientras estaba en soledad, Dios le proveyó a Benedicto a través de varios individuos. Gregorio cuenta que eventualmente Dios llamó a Benedicto para que saliera de su soledad para que esa luz brillante pudiera brillar en el mundo y en la iglesia (¡en lugar de estar escondido bajo un almud o en una cueva!)

Gregorio recuenta varios otros milagros obrados en la vida de Benedicto. En ese recuento, Gregorio nos dice acerca de varios atentados contra la vida de Benedicto. ¡El primero vino de un grupo de monjes! Estos monjes vinieron con Benedicto y le pidieron que dirigiera su monasterio. Benedicto amablemente lo rechazó, explicando que su estilo de vida era un poco diferente al de los demás. Los monjes insistieron y eventualmente Benedicto dijo que sí. ¡Pero los monjes no tenían ni idea en lo que se habían metido!

Benedicto no era alguien que permitiese la devoción informal a Dios. Así que al darse cuenta, los otros monjes decidieron deshacerse de Benedicto de una buena vez. ¡Los monjes envenenaron su bebida! Gregorio cuenta que Benedicto oró por su comida antes de comer y entonces la copa se hizo añicos. Cuando se dio cuenta de que los otros monjes querían matarlo, decidió que era hora de seguir adelante. En las palabras de Gregorio, “la vida de hombres virtuosos siempre es aflicción para los que son de condiciones inicuas”.¹⁰

Al relatar la vida de Benedicto, Gregorio periódicamente contesta preguntas que le hace “Pedro” (un compañero que está escuchando a Gregorio contar la vida de Benedicto). Pedro se pregunta por qué un hombre de Dios como Benedicto dejaría a monjes que están en tan mal estado para quererlo matar. En la mente de Pedro, parece que esos monjes necesitaban mucho el ministerio de Benedicto.

¡Gregorio responde con una breve analogía matemática! Explica que la posibilidad de éxito entre aquellos pocos monjes que intentaron matar a Benedicto estaba lejos de compararse con las masas de gente que Benedicto podía influir para bien si es que dejaba a esos monjes asesinos.

Benedicto salió y comenzó 12 monasterios propios. Estos monasterios eran hogar no sólo de los propios monjes sino también de muchos niños cuyos padres los dejaban al cuidado de Benedicto. Estos monasterios fueron sedes de otras ocurrencias milagrosas que nos recuenta Gregorio.

Benedicto probablemente escribió las reglas para sus monasterios mientras vivía y servía en el monasterio que construyó en Monte Casino (este fue el lugar donde murió el 21 de marzo de 543). Estas reglas serían la huella que Benedicto dejó en la historia de la iglesia que excede por mucho cualquiera de los milagros que supuestamente obró. Tal como lo recuenta Gregorio, ¡nadie debería ignorar el hecho de que “en medio de tantos milagros” había un “hombre de Dios” tan “ducho en la divinidad”!

LA REGLA DE SAN BENEDICTO

Esto nos trae a la Regla de San Benedicto. ¡Este es un libro de auto-ayuda con esteroides! Es una norma escrita para gobernar la vida monástica en formas que hacen del crecimiento constructivo cristiano una comunidad de vida. Pero también está escrito de manera sencilla, una guía clara para ayudar en la santidad cristiana en general. La Regla de San Benedicto tiene un prólogo y 73 capítulos. Mucha gente ha escrito libros enteros inspirados en la Regla. Algunos de estos libros son estudios críticos, algunos son comentario, y otros son devocionales básicos. Aunque sería fácil pasar mucho tiempo estudiando las reglas, nos estaríamos perdiendo de los “momentos claves” que estudiamos en esta clase. Así que en el espíritu de lo que tenemos que aprender a fin de que sean momentos claves en la historia de la iglesia, haremos un resumen de la Regla en

¹⁰ *Dialogues*, Book 2, chapter 3.

porciones pequeñas. Dejaremos una pequeña parte de la Regla en esta lección, pero es fácilmente accesible tanto en librerías como en internet, en fuentes como amazon.com

El prólogo expresa información valiosa para comprender la Regla. Vemos que no está escrita sólo para monjes que buscan vivir productivamente y en armonía con la vida en comunidad, sino también está escrita para todo aquel que busca una santidad mayor ante Dios. Benedicto escribe, “A ti, pues, dirijo mi discurso, tu quien abandona su propia voluntad y toma las fuertes y excelentes armas de la obediencia para hacer lucha por Cristo el Señor, el Rey verdadero”.

Habiendo notado que la aplicación general de la Regla es un primer libro de “auto-ayuda”, debemos añadir que la Regla tiene algunas instrucciones específicas para aquellos que buscan seguir una vida monástica en una comunidad conventual. Al estudiar la Regla, dividiremos los capítulos en nuestro propio orden, en lugar de seguir la lista de capítulos de manera secuencial.

PRÓLOGO.

El prólogo da instrucciones generales y motivación para la misma Regla. Basándose fuertemente en la escritura, Benedicto insta a los cristianos a tener la actitud correcta y el enfoque para la santidad. Por ejemplo, la primera palabra del prólogo, y por tanto, la primera en la Regla misma, es “Escucha...”, pues escuchar es de suprema importancia en el andar cristiano. Como dijo Santiago, “Todos deberían ser prontos para oír, tardos para hablar” (Santiago 1:19).

Luego, Benedicto insta a sus seguidores de rogar a Dios, “con la más sincera oración, que él perfeccione cualquier bien que comiences”. De nuevo, aunque Benedicto no cita la propia escritura, esto se remonta al comentario de Pablo a los Filipenses que dice, “El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil. 1:6).

Benedicto sí cita buena parte de la escritura directamente del Antiguo Testamento y del Nuevo. Adjunto a esta lección como un apéndice, está el prólogo. Al leerla, notarás varias citas de cinco salmos diferentes, de Ezequiel, de Isaías, de Mateo, de Romanos, de Juan, 1 de Tesalonicenses, 1 y 2 de Corintios, y Apocalipsis. ¡No está mal para once párrafos!

1. RASGOS GENERALES APROPIADOS PARA LOS MONJES. (Capítulos 1-2; 4-7; 21, 31-33, y 69-72)

Estas secciones toman diferentes enfoques de los rasgos cristianos adoptados. Algunos de los capítulos se ocupan de los rasgos generales apropiados para cualquier seguidor de Cristo (del tipo de capítulos de “auto-ayuda”). Otros capítulos tratan de las características específicas de la gente que toma papeles en la comunidad monástica.

Del cuatro al siete son los capítulos generales. El capítulo cuatro se reproduce entero en el apéndice de la lección. Este capítulo expone las órdenes básicas que hacen eco en la escritura, ya sea de manera literal o al menos en espíritu. Es una lista de 73 cosas sobre las cuales la gente debería considerar para su vida en santidad. Es interesante notar no sólo las cosas que componen la lista, sino también el orden en el que están. Por ejemplo, la primera instrucción es, “En primer lugar el amar a Dios el Señor con todo el corazón, toda el alma, todas las fuerzas”. La segunda instrucción es, “Luego, [ama] a tu prójimo como a ti mismo”. Desde luego, cuando a Jesús se le pregunta cuál es el más grande mandamiento, él enlistó estos dos mandamientos como el primero y el segundo sobre los cuales depende toda la ley.

Inmediatamente después de estos dos mandamientos, Benedicto pone como su tercera instrucción, “No matarás”. Sin duda, este punto la sacó de su propia vida, ¡considerando su experiencia en el primer monasterio!

Muchos de los mandamientos hacen eco de la ética clara y las instrucciones de los Diez Mandamientos y del Sermón del Monte. También contiene algunos giros deleitosos acerca de la ética que enseña la escritura. Por ejemplo, la instrucción 42 dice, “Para referirse a qué bien uno ve en sí mismo, no para sí, sino para Dios”. Es una manera maravillosa de expresar las advertencias bíblicas de que todo bien que hacemos, es bien que Dios hace a través de nosotros, y nunca es fundamento para nuestro orgullo. Incluso nuestra salvación, Pablo escribe que no es por nuestras obras, “para que nadie se gloríe. Pues somos obra de sus manos...” (Ef. 2:9-10). O como Pedro escribiría después, “Vestíos con toda humildad...pues Dios resiste al soberbio pero da gracia al humilde” (1 P. 5:5).

Fuera de estos capítulos (del cuatro al siete), tenemos otros que se refieren a la devoción entre los monjes (por ejemplo, Capítulo 1, donde se exponen cuatro clases de monjes: (1) Aquellos en comunidad, (2) aquellos que son ermitas, (3) aquellos que viven bajo cualquier estándar que les parece, sin consideración a lo que está bien o mal, y (4) aquellos que van de lugar en lugar gorroneando de otros. ¡Benedicto habla muy mal de los 3 y 4!).¹¹

¹¹ El Capítulo dos trata sobre la clase de hombre apropiado para el papel de Abad. El Capítulo 21 concierne a los hombres que podrían ser “Decanos” en el monasterio. El 31 trata con la clase de hombres que pueden ser considerados cillereros (la persona encargada de la comida y bebida en el monasterio).

2. REGLAS ESPECÍFICAS PARA LA ADORACIÓN DE LA COMUNIDAD Y DE LOS INDIVIDUOS (Capítulos 8-20, 41 – 42, 49, 52)

Estos capítulos exponen las horas de oración, adoración, y del servicio a la obra de Dios. Uno de los aspectos muy claros e impresionantes de esto es la perfecta integración de la adoración en la vida de la comunidad. Se esperaba que los monjes pasaran una tercera parte de su tiempo de vigilia en oración, una tercera parte en el servicio y el trabajo, y otra tercera parte en el estudio y la reflexión. Este equilibrio es digno de destacar.

3. LA ESTRUCTURA Y LOS TRABAJOS DE LA COMUNIDAD.

Este grupo de capítulos trata de los consejos antes de tomar decisiones (3). Se ocupan de asuntos disciplinarios (23-30). Se ocupan de cuánto debe de comer la gente, cómo se debe atender a los enfermos y a los ancianos, y de quién debe trabajar en la cocina (34-40). Estas secciones también se ocupan de cómo corregir a aquellos que fallan o que cometen errores (43-46). Los horarios de trabajo, los que llevan el tiempo, y los demás asuntos acerca del trabajo (47-48, 50-51). Las reglas para la elección de líderes, la admisión de los hermanos y la hospitalidad, y el contacto con el mundo exterior también se tratan (53-54, 56-67). El capítulo 55 trata de la vestimenta de los monjes. Finalmente, el capítulo 68 da la respuesta esperada cuando se le pide a un monje hacer algo que no puede hacer.

Estas reglas no solamente rigieron los monasterios de Benedicto, también se convirtieron en el reglamento base para muchas comunidades monásticas de la cristiandad de occidente, hasta hoy. Han superado el paso del tiempo y han desarrollado a algunos de los eruditos más notables de la iglesia, grandes misioneros, y los más grandes logros (incluyendo las transcripciones de muchos libros y de escrituras que hubiésemos perdido con el paso del tiempo sin el trabajo duro de sus manos y su compromiso).

Es interesante resaltar que Benedicto estaba convencido de la necesidad de pobreza entre los residentes monásticos, y aun esa austeridad no estaba desproporcionada. Mientras que muchos de los monjes egipcios vestían solamente harapos, evitando cualquier tipo de ropa abandonada en el camino, los monjes de Benedicto vestían ropa cómoda y apropiada para cada clima y estación. Había un equilibrio similar en su estilo de vida. Mientras los

El capítulo 32 trata de los superintendentes y de los responsables de las herramientas del monasterio. El 33 trata el asunto de la propiedad de los monjes (Los monjes no podían poseer nada, ¡ni siquiera una pluma!) Los capítulos 69-71 tratan de las interacciones y las discusiones entre monjes. El capítulo 72 insta a los monjes a ser virtuosos.

ascéticos extremos no se permitían mucho sueño, Benedicto daba de seis a ocho horas de sueño nocturno para sus monjes. Un punto final a enfatizar concierne el deber al trabajo. Para Benedicto, las manos ociosas eran el taller del diablo. ¡Él no permitía nada de eso! La santidad requería que sus monjes se mantuvieran ocupados, no solamente para la comunidad sino también para la caridad.

PUNTOS PARA CASA

Nuestros puntos para casa se centrarán en los aspectos básicos:

1. *“...por gracia sois salvos por medio de la fe, no por obras para que nadie se gloríe...”* (Ef. 2:8-9).

Cada vez que estudiemos la santidad Cristiana, hacemos bien en recordar que nuestras obras y santidad no son nuestra salvación, son el fruto que viene de una vida salva.

2. *“No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe.* (Gal. 6:7-10).

Sí, somos salvos por gracia mediante la fe, pero nuestras obras son extremadamente importantes. Son la trama y la urdimbre del tejido de nuestra vida en un verdadero sentido de causa-efecto. Nos engañamos a nosotros mismos si pensamos que lo que hacemos no afecta a quienes somos y cómo vivimos. La santidad es la jugada *clave*, aparte de ser obediencia.

1. *“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.* (1 Jn 2:15-17).

Así que supongamos que no es usted ni monje ni monja, ¿pero qué puede hacer aún para dejar a un lado cierto grado de mundanalidad y centrar su vida completamente en amar a Dios y a la humanidad?

APÉNDICE – Extractos de la Regla de San Benedicto

PRÓLOGO

1 Escucha, hijo, estos preceptos de un maestro, aguza el oído de tu corazón, acoge con gusto esta exhortación de un padre entrañable y ponla en práctica, 2 para que por tu obediencia laboriosa retournes a Dios, del que te habías alejado por tu indolente desobediencia. 3 A ti, pues, se dirigen estas mis palabras, quienquiera que seas, si es que te has decidido a renunciar a tus propias voluntades y esgrimes las potentísimas y gloriosas armas de la obediencia para servir al verdadero rey, Cristo el Señor.

4 Ante todo, cuando te dispones a realizar cualquier obra buena, pídele con oración muy insistente y apremiante que él la lleve a término, 5 para que, por haberse dignado contarnos ya en el número de sus hijos, jamás se vea obligado a afligirse por nuestras malas acciones.

6 Porque, efectivamente, en todo momento hemos de estar a punto para servirle en la obediencia con los dones que ha depositado en nosotros, de manera que no sólo no llegue a desheredarnos algún día como padre airado, a pesar de ser sus hijos, 7 sino que ni como señor temible, encolerizado por nuestras maldades, nos entregue al castigo eterno por ser unos siervos miserables empeñados en no seguirle a su gloria.

8 Levantémonos, pues, de una vez; que la Escritura nos espabila, diciendo: «Ya es hora de despertamos del sueño». 9 y, abriendo nuestros ojos a la luz de Dios, escuchemos atónitos lo que cada día nos advierte la voz divina que clama: 10 «Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones». 11 y también: «Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias». 12 ¿Y qué es lo que dice? «Venid, hijos; escuchadme; os instruiré en el temor del Señor». 13 «Daos prisa mientras tenéis aún la luz de la vida, antes que os sorprendan las tinieblas de la muerte».

14 Y, buscándose el Señor un obrero entre la multitud a laque lanza su grito de llamamiento, vuelve a decir: 15 «¿Hay alguien que quiera vivir y desee pasar días prósperos?» 16 Si tú, al oírle, le respondes: «Yo», otra vez te dice Dios: 17 Si quieres gozar de una vida verdadera y perpetua, «guarda tu lengua del mal; tus labios, de la falsedad; obra el bien, busca la paz y corre tras ella». 18 Y, cuando cumpláis todo esto, tendré mis ojos fijos sobre vosotros, mis oídos atenderán a vuestras súplicas y antes de que me interroguéis os diré yo: «Aquí estoy». 19 Hermanos amadísimos, ¿puede haber algo más dulce para nosotros que esta voz del Señor, que nos invita? 20 Mirad cómo el Señor, en su bondad, nos indica el camino de la vida. 21 Ciñéndonos, pues, nuestra cintura con la fe y la observancia de las buenas obras, sigamos por sus caminos, llevando como guía el Evangelio, para que merezcamos ver a Aquel que nos llamó a su reino.

22 Si deseamos habitar en el tabernáculo de este reino, hemos de saber que nunca podremos llegar allá a no ser que vayamos corriendo con las buenas obras. 23 Pero preguntemos al Señor como el profeta, diciéndole: «Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y descansar en tu monte santo?» 24 Escuchemos, hermanos, lo que el Señor nos responde a esta pregunta y cómo nos muestra el camino hacia esta morada, diciéndonos: 25 «Aquél que anda sin pecado y practica la justicia; 26 el que habla con sinceridad en su

corazón y no engaña con su lengua; 27 el que no le hace mal a su prójimo ni presta oídos a infamias contra su semejante». 28 Aquel que, cuando el malo, que es el diablo, le sugiere alguna cosa, inmediatamente le rechaza a él y a su sugerencia lejos de su corazón, «los reduce a la nada», y, agarrando sus pensamientos, los estrella contra Cristo. 29 Los que así proceden son los temerosos del Señor, y por eso no se inflan de soberbia por la rectitud de su comportamiento, antes bien, porque saben que no pueden realizar nada por sí mismos, sino por el Señor, 30 proclaman su grandeza, diciendo lo mismo que el profeta: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre, da la gloria», al igual que el apóstol Pablo, quien tampoco se atribuyó a sí mismo éxito alguno de su predicación cuando decía: «Por la gracia de Dios soy lo que soy». 32 Y también afirma en otra ocasión: «El que presume, que presuma del Señor». 33 Por eso dice el Señor en su evangelio: «Todo aquel que escucha estas palabras mías y las pone por obra, se parece al hombre sensato, que edificó su casa sobre la roca. 34 Cayó la lluvia, vino la riada, soplaron los vientos y arremetieron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada en la roca».

35 Al terminar sus palabras, espera el Señor que cada día le respondamos con nuestras obras a sus santas exhortaciones. 36 Pues para eso se nos conceden como tregua los días de nuestra vida, para enmendarnos de nuestros males, 37 según nos dice el Apóstol: «¿No te das cuenta de que la paciencia de Dios te está empujando a la penitencia?» 38 Efectivamente, el Señor te dice con su inagotable benignidad: «No quiero la muerte del pecador, sino que cambie de conducta y viva». 39 Hemos preguntado al Señor, hermanos, quién es el que podrá hospedarse en su tienda y le hemos escuchado cuáles son las condiciones para poder morar en ella: cumplir los compromisos de todo morador de su casa. 40 Por tanto, debemos disponer nuestros corazones y nuestros cuerpos para militar en el servicio de la santa obediencia a sus preceptos. 41 Y como esto no es posible para nuestra naturaleza sola, hemos de pedirle al Señor que se digne concedernos la asistencia de su gracia. 42 Si, huyendo de las penas del infierno, deseamos llegar a la vida eterna, 43 mientras todavía estamos a tiempo y tenemos este cuerpo como domicilio y podemos cumplir todas estas cosas a luz de la vida, 44 ahora es cuando hemos de apresurarnos y poner en práctica lo que en la eternidad redundará en nuestro bien.

45 Vamos a instituir, pues, una escuela del servicio divino. 46 Y, al organizarla, no esperamos disponer nada que pueda ser duro, nada que pueda ser oneroso. 47 Pero si, no obstante, cuando lo exija la recta razón, se encuentra algo un poco más severo con el fin de corregir los vicios o mantener la caridad, 48 no abandones en seguida, sobrecoigido de temor, el camino de la salvación, que forzosamente ha de iniciarse con un comienzo estrecho. 49 Mas, al progresar en la vida monástica y en la fe, ensanchado el corazón por la dulzura de un amor inefable, vuela el alma por el camino de los mandamientos de Dios. 50 De esta manera, si no nos desviamos jamás del magisterio divino y perseveramos en su doctrina y en el monasterio hasta la muerte, participaremos con nuestra paciencia en los sufrimientos de Cristo, para que podamos compartir con él también su reino. Amén.

CAPÍTULO IV *Cuáles son los instrumentos de las buenas obras*

1 Ante todo, «amar al Señor Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas»,

2 y además «al prójimo como a sí mismo». (Mt 22:37-39; Mr 12:30-31; Lc 10:27).

3 Y no matar.

4 No cometer adulterio.

5 No hurtar.

6 No codiciar. (Rom 13:9).

7 No levantar falso testimonio, (Mt 19:18; Mr 10:19; Lc 18:20).

8 Honrar a todos los hombres (1 Pt 2:17).

9 y «no hacer a otro lo que uno no desea para sí mismo». (Tob 4:16; Mt 7:12; Lc 6:31).

10 Negarse sí mismo para seguir a Cristo. (Mt 16:24; Lc 9:23).

11 Castigar el cuerpo. (1 Cor 9:27).

12 No darse a los placeres,

13 amar el ayuno.

14 Aliviar a los pobres,

15 vestir al desnudo,

16 visitar a los enfermos, (Mt 25:36).

17 dar sepultura a los muertos,

18 ayudar al atribulado,

19 consolar al afligido.

20 Hacerse ajeno a la conducta del mundo,

21 no anteponer nada al amor de Cristo.

22 No consumir los impulsos de la ira 2

3 ni guardar resentimiento alguno.

24 No abrigar en el corazón doblez alguna,

25 no dar paz fingida,

26 no cejar en la caridad.

27 No jurar, por temor a hacerlo en falso;

28 decir la verdad con el corazón y con los labios.

29 No devolver mal por mal, (1 Tes 5:15; 1 Pt 3:9).

30 no inferir injuria a otro e incluso sobrellevar con paciencia las que a uno mismo le hagan,

31 amar a los enemigos, (Mt 5:44; Lc 6:27).

32 no maldecir a los que le maldicen, antes bien bendecirles;

33 soportar la persecución por causa de la justicia. (Mt 5:10).

34 No ser orgulloso,

35 ni dado al vino, (Ti 1:7; 1 Tm 3:3).

36 ni glotón,

37 ni dormilón,

38 ni perezoso, (Rom 12:11).

39 ni murmurador,

40 ni detractor.

41 Poner la esperanza en Dios.

- 42 Cuando se viera en sí mismo algo bueno, atribuirlo a Dios y no a uno mismo;
- 43 el mal, en cambio, imputárselo a sí mismo, sabiendo que siempre es una obra personal.
- 44 Temer el día del juicio,
- 45 sentir terror del infierno,
- 46 anhelar la vida eterna con toda la codicia espiritual,
- 47 tener cada día presente ante los ojos a la muerte.
- 48 Vigilar a todas horas la propia conducta,
- 49 estar cierto de que Dios nos está mirando en todo lugar.
- 50 Cuando sobrevengan al corazón los malos pensamientos, estrellarlos inmediatamente contra Cristo y descubrirlos al anciano espiritual.
- 51 Abstenerse de palabras malas y deshonestas,
- 52 no ser amigo de hablar mucho,
- 53 no decir necedades o cosas que exciten la risa,
- 54 no gustar de reír mucho o estrepitosamente.
- 55 Escuchar con gusto las lecturas santas,
- 56 postrarse con frecuencia para orar,
- 57 confesar cada día a Dios en la oración con lágrimas y gemidos las culpas pasadas,
- 58 y de esas mismas culpas corregirse en adelante.
- 59 No poner por obra los deseos de la carne, (Gal 5:16).
- 60 aborrecer la propia voluntad,
- 61 obedecer en todo los preceptos del abad, aun en el caso de que él obrase de otro modo, lo cual Dios quiera que no suceda, acordándose de aquel precepto del Señor: «Haced todo lo que os digan, pero no hagáis lo que ellos hacen».

62 No desear que le tengan a uno por santo sin serlo, sino llegar a serlo efectivamente, para ser así llamado con verdad.

63 Practicar con los hechos de cada día los preceptos del Señor;

64 amar la castidad,

65 no aborrecer a nadie,

66 no tener celos,

67 no obrar por envidia,

68 no ser pendenciero,

69 evitar toda altivez.

70 Venerar a los ancianos,

71 amar a los jóvenes.

72 Orar por los enemigos en el amor de Cristo,

73 hacer las paces antes de acabar el día con quien se haya tenido alguna discordia.

74 Y jamás desesperar de la misericordia de Dios.

75 Estos son los instrumentos del arte espiritual.

76 Si los manejamos incesantemente día y noche y los devolvemos en el día del juicio, recibiremos del Señor la recompensa que tiene prometida:

77 «Ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento las cosas que Dios tiene preparadas para aquellos que le aman».

78 Pero el taller donde hemos de trabajar incansablemente en todo esto es el recinto del monasterio y la estabilidad en la comunidad.

Mirad, estos son los instrumentos del arte espiritual, los cuales, si han sido aplicados sin cesar día y noche y aprobados en el día del juicio, ameritarán esa recompensa del Señor que ha prometido: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han entrado en el corazón del hombre, son las cosas que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Co. 2:9) Pero el taller en donde hacemos todas estas obras con diligencia es el recinto del monasterio, y la estabilidad en la comunidad.